

EL DÉCIMO PLANETA - VOLUMEN 3

ASALTO FINAL

Dean Wesley Smith - Kristine Kathryn Rusch



Los científicos en la Tierra trabajan desesperadamente para encontrar una manera de detener a la flota alienígena que parte del Décimo Planeta con destino a la Tierra, el destino del planeta y toda la humanidad está en juego.

A Brent y Stephanie,
que estaban allí cuando todo empezó.

Primera parte

PÁNICO

1

11 de octubre de 2018
19.04 Hora central estándar

30 días para la segunda cosecha

El antiguo tren elevado *EL* se estremeció hasta detenerse. Kara Willis agarró la barra de metal para evitar que la arrojaran contra el hombre a su lado. Su mono olía a grasa y cebollas, y sus manos estaban sucias. Obviamente tenía algún tipo de trabajo que requería trabajo de mantenimiento. Esta no era su gente, desde las mujeres cansadas y con sobrepeso que agarraban grandes carteras contra sus viejos abrigos hasta los hombres con caras demacradas y ojos exhaustos. La hacían sentir incómoda.

Un anuncio confuso sonó a su alrededor. Pulsó TRACKS, CLOSED y WAIT en el MP4. El anuncio se repitió en español, y las palabras fueron mucho más claras. Pero a pesar de que estaba en su tercer año de español en la escuela secundaria, sólo podía entender unas pocas palabras. La mayoría de ellas eran extremadamente desconocidas.

A su alrededor, la multitud gemía.

—¿Qué pasa? —le preguntó al hombre que estaba a su lado.

—Problemas en las vías. Están cerrando esta línea. Sugieren esperar a otro tren —dijo el hombre mientras parpadeaba, sus ojos azules enrojecidos por el cansancio.

—¿Cuál de ellos? —preguntó ella.

Pero él la miró y meneó un poco la cabeza.

—Probablemente es mejor caminar, *niña* —dijo la mujer que estaba frente a ella.

Los ojos de Kara se abrieron de par en par. No podía caminar. Se habían detenido en Superior con State, justo en

el centro de la ciudad, y ella vivía en Lake Forest. Caminar no era una opción, y por lo que había visto a través de las ventanas rayadas y sucias durante la última media hora, sabía que no encontraría un taxi.

Fue culpa suya. Sus amigos la habían llevado a casa desde la escuela, los BurpeeKins sonaban en el reproductor de CD, así que no estaba preparada para lo que encontró cuando llegó a casa.

Su madre estaba sentada en el sofá, con las manos delante de la cara, los hombros le temblaban.

La pantalla de la pared estaba bajada y diez canales aparecían en ella, todos con el volumen encendido, de modo que un puñado de voces tronaron en sus oídos. Los presentadores, generalmente maquillados y peinados a la perfección, se veían agotados. En la pantalla, debajo o encima de ellos estaban las palabras: «Noticias de última hora», y algunas de las imágenes mostraban una oscuridad redonda entorno al sol.

Reconoció esa imagen, ya la había visto bastante desde el discurso del Presidente el verano pasado. Era el décimo planeta, y estaba regresando a ellos.

La primera vez que vino, había destruido varias áreas de la Tierra. Una de ellas en California, donde vivía su prima Bárbara. Ella había ido al funeral que sus abuelos, tíos y tías habían celebrado para Bárbara. No había quedado nada de su prima. Alguien tuvo que ir al tribunal de justicia de California y hacer que Bárbara y todos los que habían vivido en las áreas ahora en ruinas de Monterey fuesen declarados legalmente muertos.

La madre de Kara ni siquiera se dio cuenta de que ella ya estaba en casa. Kara puso su bolso en el sofá y cogió el mando a distancia. Su madre siguió temblando. Por un momento, Kara puso su mano sobre la frágil espalda de su madre, y luego se alejó. Ella no había visto a su madre así, no desde que los alienígenas atacaron por primera vez.

Kara silenció nueve canales, dejando sólo al apuesto tipo de la CNN. Sólo que ya no era tan apuesto. Parecía tan inseguro como su madre, excepto que no podía darse el lujo de enterrar la cara entre sus manos.

Los alienígenas habían lanzado una nueva flota de naves a la Tierra. Iban a atacar de nuevo.

Su padre salió de su oficina en ese momento, con los pies descalzos y el pelo despeinado. Parecía un hombre al que le habían dado un puñetazo en el estómago.

—Apágalo, Kara —dijo.

—No —dijo su madre levantando la cabeza.

Su padre cogió el control remoto y apagó todas las pantallas.

—No hay nada que podamos hacer —dijo—. Esta vez, todos vamos a morir.

—Pero nosotros los atacamos —dijo Kara—. Los bombardeamos con todas las armas nucleares del planeta. Ganamos.

—Ellos son más poderosos que nosotros —dijo su madre—. Pueden sobrevivir a cualquier cosa.

El padre de Kara la miró fijamente. Sus oscuros ojos estaban tristes.

—Lo siento mucho, cariño, —le dijo, y luego se dejó caer en el sofá y puso su brazo alrededor de su madre.

Tal vez fue su disculpa lo que la hizo irse.

O tal vez el tembleque de su madre cuando pregunto:

—¿Qué vamos a hacer?

O tal vez fue puro miedo.

Fuera lo que fuera, la echó de la casa, bajó por el césped y se fue directa a la calle.

Dentro de todas las otras casas, la gente estaba de pie o gritando o moviendo la cabeza. Pero nadie más había salido. Necesitaba compañía pero no la de sus padres. La mirada de su padre había dicho demasiado, igual que el pasado abril, también había dicho demasiado.

Si hubiéramos sabido que esto iba a suceder, escucho ella por casualidad mientras su padre hablaba con un amigo, nunca hubiéramos traído un criatura a este mundo.

Y entonces, esa tarde, aquel «*Lo siento, cariño*». No estaba dirigido a su madre sino que esta vez era para ella, por traerla a un mundo sin esperanza.

Había corrido por la calle, con los puños cerrados. No había nada que pudiera hacer, pero sentía que tenía que hacer algo. No quería quedarse sentada esperando tranquilamente a la muerte.

De alguna manera, ese impulso la había sacado de su vecindario y la había llevado al *EL*. Se había subido, pensando que iría a otro lugar, donde la gente se paraba afuera y miraba el cielo, donde discutían sobre el futuro en lugar de esconderse dentro de sus casas.

En cambio, su impulso se había convertido en un viaje largo y de pesadilla en *EL*. La gente en el vagón parecía cansada y triste. Estaban desesperados incluso antes de que llegaran los alienígenas.

Y luego el tren pasó por barrios en los que nunca antes había estado sola.

Mientras miraba a través de las ventanas llenas de marcas, vio gente inundando las calles, pero no eran personas con las que querría mezclarse. Esta gente estaba enfadada. Estaban rompiendo ventanas y sacudiendo los puños al cielo. En una intersección, vio a niños más jóvenes que ella sacando cerveza de una licorería, a través de los escaparates rotos.

Luego, al ponerse el sol, un resplandor naranja llenó la línea del horizonte. El resplandor no venía del sol de otoño. Parecía antinatural. Uno de los hombres que estaban más adelante en el vagón del *EL* grito:

—¡Fuego!

Y todo el mundo había mirado, las cabezas se movieron al unísono.

Igual de rápido, miraron hacia otro lado, fingiendo no ver nada, los hombros encogidos, tratando de mantener el mayor espacio personal posible entre ellos.

La amable mujer que estaba frente a Kara le había tocado el hombro, sacudiéndola de sus pensamientos.

—No nos quieren en este tren.

Kara se puso en pie. Agarró con fuerza la barra de metal y se preguntó qué iba a hacer. Ella se planteó ir al intercambiador, cambiar de tren y volver a casa. Pero este tren se detenía antes de llegar allí, y ahora la hacían bajar.

Los pasajeros se bajaron del tren de forma ordenada, parecían tan derrotados como lo había estado su padre. Había huido, pero no tenía adónde ir.

No se había dado cuenta hasta hacía unas horas de que estaba atrapada allí, no en este tren, ni en este barrio, tampoco en Chicago, sino en la Tierra.

De repente el mundo parecía muy, muy pequeño.

Sus ojos ardían. No le extrañaba que su madre estuviera llorando. No le extrañaba que la gente se agazapara en sus casas. Ya se habían dado cuenta de que no había adónde ir.

Al bajar al andén, vio a un hombre regordete vestido con un uniforme azul de la Autoridad de Tránsito de Chicago (CTA) guiar el flujo de personas por las escaleras. Había otros empleados de la CTA esparcidos a lo largo del andén, la mayoría de los cuales parecían tensos. No era el tipo de tensión que ella hubiera esperado, no el tipo de tensión que estaba sintiendo. Era algo más inmediato, como si esperaran que ella, o alguien, los atacara.

Siguió a la gente bajando las escaleras, con sus pies haciendo ruido al caminar. A lo lejos, escuchó gritos, chillidos y disparos. El aire olía a humo. Ella temblaba. Ni siquiera se había acordado de traerse una chaqueta.

Cruzó al otro lado y subió las escaleras para poder tomar un tren a su casa, o al menos volver en la dirección por la que había venido, pero otro empleado de la CTA, un

hombre de rasgos rayados, un hombre que parecía tan viejo como su padre, le puso la mano sobre su hombro.

—Lo siento —dijo—. Esta línea está cerrada.

—Tengo que irme a casa —dijo ella.

—No habrá trenes en esta vía en toda la noche. Tal vez ni siquiera mañana —dijo meneando la cabeza.

Miró por encima de su hombro. Los altos edificios del centro de la ciudad estaban a sólo unas pocas manzanas de distancia.

—¿Dónde está la siguiente estación más cercana?

La miró y pareció verla por primera vez. La gente fluía a su alrededor, bajando más escalones hasta el nivel de la calle. Otro disparo resonó, esta vez aún más cerca, seguido por el sonido de un vidrio roto.

—Tendrías que caminar, —dijo—. Y no puedo garantizar que ninguno de los otros trenes vayan a funcionar.

Sintió el pánico surgir a través de ella, pánico que había estado controlando hasta ahora.

—¿Por qué no?

El operario miró por encima de su hombro.

—La ciudad entera se ha vuelto loca. No creo que sea seguro estar en las calles. ¿Dónde están tus padres? Tal vez deberían venir a buscarte.

Ni siquiera estaba segura de que sus padres supieran que se había ido. Probablemente pensaron que se estaba escondiendo en su habitación.

—Caminaré —dijo ella—. Sólo señálame la dirección correcta.

—Mira. —Puso una mano en su brazo—. Tengo un puesto arriba. Puedes esperar allí hasta que lleguen tus padres. Será más seguro.

Ella lo habría aceptado hace un año. Tal vez hace seis meses, cuando los alienígenas les atacaron por primera vez. Entonces todavía creía que, a pesar de la catástrofe, la vida continuaría.

Ahora estaba segura de que iba a morir. Sólo era cuestión de cuándo.

Ella se encogió de hombros, fuera de su alcance.

—Estaré bien —dijo, y se apresuró a bajar las escaleras. Él la llamó, pero ella lo ignoró. Su corazón latía con fuerza y su boca estaba seca. Al salir a la calle, vio a un grupo de hombres empujar un coche. Parecía que aún había alguien dentro.

Se rompieron más cristales y gente llevando cajas pasó corriendo junto a ella.

El humo no era tan espeso aquí, pero el aire olía raro: sudor y orina y algo más, algo que hacía que el pelo de la nuca se elevara. ¿Quizás así era como olía el miedo?

Los hombres se sentaban en las aceras, con la cabeza en las manos, como lo había hecho su madre.

Las mujeres observaban desde las ventanas a los niños y adolescentes que corrían desenfrenadamente por las calles.

Nadie estaba haciendo ningún esfuerzo para detener el caos.

Nadie se daba cuenta, excepto ella.

Y una parte de ella quería unirse. Parecía lógico de alguna manera. ¿Por qué esperar a los alienígenas? ¿Qué es lo que querían? Destruir la Tierra. ¿Por qué no destruirlo antes de que lo hicieran y asegurarse de que no quedaba nada para ellos?

Cuando los alienígenas llegaron la primera vez, habían enviado una nube de oscuridad que se lo había comido todo, incluso a la gente. Ella había visto escenas de gente que estaba siendo devorada viva. Su padre había intentado alejarla de la televisión, pero ella lo había visto de todos modos. Y luego se habían enterado de que su prima Bárbara, su desagradable, delgada y risueña prima, había muerto en el último ataque.

Derretida, comida viva, como todos los demás.

Y parecía tan doloroso.

Kara no quería morir. Ella no quería morir así.

Detrás de ella algo golpeó tan fuerte que sintió temblar el suelo. Se dio la vuelta. Otro coche se había volcado, este del tamaño del sedán de su familia. Los niños de su edad saltaban sobre él, gritándole a la persona que estaba dentro como si le culparan de todo a él.

Tal vez deberían culparlo. Tal vez deberían culpar a todos los adultos. Después de todo, habían mentido. Cada uno de ellos, desde el Presidente en adelante, habían mentido. Ellos habían dicho, cuando bombardearon el décimo planeta, que la Tierra había ganado.

Y no lo había hecho. No lo había hecho en absoluto.

Ahora los alienígenas estaban regresando, probablemente mucho más enojados y despiadados. Tal vez serían como las criaturas de esas películas de ciencia ficción de serie «B» que su profesor les había mostrado en la clase de historia, las que mostraban toda la paranoia del siglo pasado. Esos alienígenas se habían vuelto más fuertes después de que les bombardeasen.

Kara se estremeció. Se apretó contra la fría pared de ladrillo de un edificio cercano y observó la destrucción que la rodeaba. No podía caminar desde aquí, y no quería volver al *EL*.

Tampoco quería irse a casa.

Allí no había nada para ella. Le quedaba un mes de vida, al mundo entero le quedaba un mes de vida, y sólo tenía diecisiete años.

Su padre tenía razón. No era justo. Se merecía un futuro.

El Presidente prometió que la Tierra se defendería y sobreviviría, pero eso también era mentira.

Se dejó caer en la sucia acera. No importaba lo que hiciera esta noche, no habría diferencia dentro de treinta días.

Dentro de treinta días, ella estaría muerta, y no habría nadie alrededor que se diera cuenta, nadie que la recordara, y nadie que se preocupara.

11 de octubre de 2018

19.13 Hora universal

30 días para la segunda cosecha

La general Gail Banks nunca se cansaba de la vista desde la órbita. Desplegados debajo de ella, los blancos, marrones y azules de la Tierra parecían intensos y vivos. Desde esta distancia, su hogar parecía tan pequeño y vulnerable. Es difícil de creer que había casi diez mil millones de vidas en él, todas ellas importantes, todas ellas conectadas entre sí.

Y todos ellos a su cuidado.

Tocó el marco redondo del portal en su pequeña oficina de la Estación Espacial Internacional. En los últimos meses, este lugar también se había convertido en su hogar. Una casa improvisada, llena de gente singular y competente, tan decidida como ella a salvar la hermosa bola azul que tenía debajo de ella.

Había coordinado el ataque con misiles al décimo planeta desde esa estación. Se había alegrado de que hubieran conseguido armar y enviar más de trescientos misiles al décimo planeta.

Los alienígenas habían destruido la mayoría de los misiles, pero al menos quince habían pasado.

Sus lecturas habían mostrado que el daño al décimo planeta había sido severo. También sabía que los alienígenas no habían sido eliminados, a pesar de que en el mundo en las noticias de video y en la Red entre los civiles se contara que la Tierra había «ganado» la guerra.

La Tierra había ganado una batalla, y eso era todo.

Había pasado los últimos meses asegurándose de que la Tierra pudiera defenderse en la próxima batalla.

Quería que la Tierra ganara la guerra, y ahora sabía que tenía un mes para conseguirlo.

Apoyó la frente contra la fría pared de plástico. Si alguno de sus subordinados la viese, se sorprenderían. Para ellos, la General Gail Banks era fríamente profesional, sin corazón y probablemente sin alma, una mujer que exigía no sólo perfección, sino dedicación completa a la tarea que se le presentaba.

Sin embargo, aquí, en la privacidad de su pequeño cubículo, se permitió sentir la desilusión que había estado brotando en su interior desde que había visto el video de las naves alienígenas despegando desde el extraño planeta oscuro.

Las naves eran visibles sólo como brillantes bengalas contra la superficie negra del planeta. Todos los telescopios habían grabado las imágenes, y ella las había recibido en un canal codificado. Bengalas, como luciérnagas contra un cielo nocturno sin luna. Le era imposible decir exactamente cuántas había, pero sabía que habría suficientes para destruir gran parte de la Tierra.

Si ella no lograba detener a algunas de ellas.

No fallaría.

Se puso en pie y suspiró, volviendo a mirar a la Tierra. Los océanos azules y fríos, las nubes delgadas como gasas, los marrones y verdes de la tierra. Desde la Estación Espacial Internacional, la Tierra misma parecía poco más que una isla, un pequeño oasis en el vasto océano del universo.

Esos alienígenas tendrían que pasar a través de ella: La general Gail Banks, la despiadada perfeccionista que amaba a la Tierra más de lo que amaba a su país, quizás más de lo que se amaba a sí misma. Quizás sus tropas lo vieron. Tal vez por eso nadie se había trasladado, incluso cuando aprendieron todo lo que pudieron sobre la misión.

Creían que con su liderazgo, harían el trabajo.

Si ella sobrevivía a la batalla contra los alienígenas, sería debido a un milagro, algún milagro inesperado que nadie podía predecir. Iba a morir en este montón de basura, de

plástico, morir defendiendo esa hermosa pelota azul de abajo, y estaba orgullosa de morir de esta manera.

Siempre había esperado morir en batalla. Esperaba morir en una escaramuza fronteriza, dirigiendo tropas de los EE.UU. Pero no iba a morir en una guerra menor. Iba a morir en la batalla más grande de la historia de este planeta, la batalla que determinaría si el planeta «tenía» una historia, la batalla que determinaría si quedaba alguien para recordar la historia.

No sabía nada de los alienígenas, excepto que habían atacado la Tierra sin razón alguna, y que eran difíciles de destruir. En su lugar, ella estaría enojada: un general de una potencia dominante que había perdido una batalla inesperada y que había sido atacado en su propio país. Pero ella no sabía si estas criaturas sentían ira.

No sabía si sentían algo en absoluto.

Por primera vez en la memoria humana, el enemigo era indescifrable, algo imposible de entender. Y, sorprendentemente, deseaba tener el poder de entenderlos. Entonces ella podría predecir sus acciones. No estaba segura de si iban a volver a repetir el mismo ataque que habían hecho antes, o si iban a hacer algo diferente. Si ella los comprendiera, si los leyera emocionalmente, sabría cómo la ira afectaría el ataque, cómo sus costumbres dictarían cómo lucharían.

Esta falta de comprensión era lo único que le preocupaba. Era la variable más grande en una ecuación enorme. Sólo podía adivinar sus reacciones. Cuando atacaron la Tierra por primera vez, parecían sorprendidos de que los humanos hubieran tomado represalias. La exitosa destrucción de algunas de las naves alienígenas pareció enfurecerlos. Su segundo ataque se centró en los centros de población, aunque el primero no lo había hecho.

Parecía que estaban tomando represalias. Pero Banks sabía que no debía cuestionar al enemigo. Quizás los cen-